



## -Cartas a la Humanidad - Paredes de colores en una vida a blanco y negro

*“Esta es una época para  
desamar, desaprender y desobedecer, y no  
puede ser de otra forma porque en  
ella es necesario deshacer el estado  
de ignominia, ignorancia funcional,  
injusticia, antidemocracia, guerra,  
barbarie, miseria y dependencia en  
que nos encontramos”  
Carlos Medina Gallego<sup>[1]</sup>*

Mientras se compartían entre los comensales ideas sobre cómo cambiar la vida de los pobres y la desigualdad que agobia a nuestra sociedad, una de las propuestas consistía en afirmar que al pintar las fachadas de las casas de los pobres de colores, este acto no sólo transformaría sino que mejoraría sus vidas. Frente a esta idea, no se pretende descalificar la necesidad de la vivienda digna en todo su contexto de habitabilidad y existencia de servicios básicos a partir del agua potable, energía, entre otros, pero, si el cambio físico de la fachada puede transformar la historia de un niño como Diego, los ladrillos con los que están construidas las escuelas deben ser muy inteligentes.

*Pensado y dedicado a los Diegos del mundo.*

Diego, es un niño mexicano de no más de 12 años, que vende en las calles hostias de colores unidas con un pegamento escaso y dulce, conocidas también como obleas, en un restaurante ubicado en el marco de una de las plazas que suelen visitar los turistas en Ciudad de México, y puede decirse que frecuentan personas que gozan de una vida privilegiada en un mundo tan desigual, allí, se produjo este encuentro.

Diego, llega a constituirse como el personaje de la sociedad con quien se puede practicar un acto público de caridad. Debido a que de la existencia de los pobres depende la caridad, sin pobres no hay con quien “hacer la caridad”. De inmediato varios de los amigos de la mesa se levantaron y dieron algunas monedas al niño.

Los colores y medio arco de las hostias, no coincidían con sonrisa de Diego, quien con un visible labio fisurado, dejaba ver en su triste mirada, que el sistema de salud no le asistía con delicadeza y amor, como se pretende para los niños.

-¿Diego vas a la escuela?- fue la pregunta siguiente a cuál es su nombre.



-No. Lo mío es el trabajo. No me gusta madrugar, la escuela me da pereza-, pero, yo ya se leer y sumar- Respondió.

A esta escasa edad, ¿cómo sabe un niño elegir lo mejor entre jugar y trabajar? Nadie extraña lo que no ha tenido. Los expertos en infancia y adolescencia dirían que la situación de Diego es de explotación y requiere protección, pero la denominación no transforma lo cotidiano. Si Diego mejora su existencia, si su estado de explotación infantil, desescolarización, desnutrición, posible violencia, exclusión y vivencias de la calle a su corta edad, llegan a ser superadas con la fórmula mágica de las paredes de su casa pintadas de colores rosa, verde o amarillo, es como pensar que las hostias coloridas que vende cada noche, y que se diluyen en segundos con la saliva, le permitirán algún día salir de la pobreza.

No creo que sea una elección de los niños el estar en la calle, vendiendo, mendigando, siendo explotados y prostituidos. Sí, el ideal de una sociedad es que sus niños y niñas puedan crecer sanos, seguros, felices y amados, ¿en dónde está esa sociedad?. Pero la realidad muestra que no es solo un Diego, sino que se repite en miles de niños y niñas, cada uno con su propia historia, en una sociedad alienada para el *trabajo y la producción*, sin identificar que se trata de *explotación y consumismo*. En un capitalismo que no discrimina por edad, sexo, raza, religión ... como lo recuerda Gilles Deleuze, en *Conversaciones* "Sin duda, una constante del capitalismo sigue siendo la extrema miseria de las tres cuartas partes de la humanidad, demasiado pobres para endeudarse, demasiado numerosas para encerrarlas: el control no tendrá que afrontar únicamente la cuestión de la difuminación de las fronteras, sino también la de los disturbios en los suburbios y guetos." (2014:284).

La escuela no logra arrebatarse de las calles a Diego, no lo seduce el conocimiento, los políticos no saben que Diego existe y nunca lo van a saber, estos Diegos que se repiten en cada esquina son personajes que hacen parte del paisaje, que nunca serán sujetos de derechos, ciudadanos, seres humanos libres y pensantes, los nadies como los llama Eduardo Galeano: "*Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata*". En poco tiempo este niño será un adolescente, buena presa para el delito en sociedades como México, Brasil, o Colombia, un número, una estadística, otros no alcanzan a ser registrados al nacer, o al morir.

En la conversación Diego se sintió, invadido, es la transgresión del querer conocer sobre su vida y quehacer. Para intentar un acercamiento más amable, le pedí que me extendiera su mano, y le pregunté si quería ser mi amigo, de inmediato sus gestos de miedo y rechazo, intensos y coincidentes, lo invadieron, -Odio tener amigos, nunca voy a tenerlos. No quiero dar la mano a ninguna persona. Así mataron a mi mejor amigo, en una descarga eléctrica al dar la mano, se infartó- respondió. Y continuó: -no quiero que me compre nada, ni escuela, ni dinero, ni amigos.- y salió corriendo. Mientras en la mesa todos continuaban riendo, bebiendo y comiendo.



¿Cómo queremos una sociedad mejor? ¿Qué son justicia, igualdad, o libertad? ¿Qué es un derecho? ¿Cómo le explico a Diego que el Estado lo protege y en dónde habita éste? Nos recuerda Enrique Del Percio, en *Ineludible fraternidad. Conflicto, poder y deseo*, que “universalidad no es sinónimo de totalidad” (2014: 56), lo cual explica que Diego es uno de estos que queda excluido de la totalidad, de los que si tienen el derecho a la comida, a la salud, a la educación, porque a Diego no le alcanza su vida para la denominación de ser humano, sujeto de derechos, porque, “el nacer en el seno de una familia acomodada o en una favela es nada más que una cuestión de buena o mala suerte” (Del Percio, 2014: 157) de la misma manera que esta suerte determina la calidad o acceso a los presuntos derechos que otorga la modernidad a todos los seres humanos, bajo el discurso de los derechos humanos.

Perdón Diego, te pido perdón por no saber materializar el discurso de los derechos humanos en la ignominia en la que hemos caído, por banalizar el mal que nos advierte Hannah Arendt, y permitir que estas brechas se sientan insuperables, porque la respuesta a tu vulnerabilidad es que naciste en una familia pobre, en esta vida no tuviste suerte.

Gracias Diego, por mostrarnos otra parte del mundo, tu mundo. Y por evidenciar nuestra impotencia al dedicar la vida y los cambios a través de la educación, cuando el aula no llega ni llegará a muchos niños y niñas como tú.

Gracias a Diego hoy desaprendemos los discursos de ayuda, de cambios a través de la educación para la superación de la pobreza, y debemos reaprender que los cambios se hacen con acciones, no con discursos. Desamamos la caridad, y a cambio proponemos la alteridad, en ese encuentro con la otredad que nos permite reconocer sus sueños y vivencias. Y desobedecemos los patrones actuales en donde la aporofobia es el centro de la política pública del desamparo, sin la transformación real de los seres a la condición humana.

María Carolina Estepa Becerra

Escritora, docente e investigadora, consultora en derechos humanos, formada como abogada, Especialista en pedagogía de los Derechos Humanos, Magíster en Derecho Contractual Público y Privado, Doctoranda en Derecho Constitucional por la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires – UBA, Catedrática por la Solidaridad y la Paz nombrada por el Parlamento Internacional de los Estados para Seguridad y Paz área Sudamérica (Organismo Intergubernativo reconocido por Naciones Unidas).

---

<sup>1</sup> Desamores, desaprendizajes y desobediencias. Didáctica de resistencia contra la ignominia, Bogotá DC., 2003, Alquimia Ediciones.

